

ALFONSO REYES, SEGÚN SU POESÍA

Yo no he dado alaridos.

A. R.

ES casi imposible para un escritor de nuestros días, que no sea catedrático, llevar a cabo una obra crítica seria porque no hay Dios que se la pague. Falta el tiempo, que más que nunca es oro, es decir medio de vida. Dejando aparte las condiciones de cada quien, y las mías distan mucho de las de un expositor claro, nada me hubiese gustado tanto como escribir un verdadero ensayo acerca de la poesía de Alfonso Reyes, de su *Obra Poética*, que acaba de recoger en un volumen. A la fuerza tengo que contentarme, así disguste, con las desperdigadas notas que siguen; ojalá sirvan para que alguien, ante todo más sabio, escriba lo que el dorado tiempo no me deja. Valdrá la pena, y su precio.

Tres puntos de exegética literaria (1)

1.—NUNCA se sabe exactamente de qué manera es otro; ni nada se entiende con absoluta claridad. Este es el valor primero del poeta, que lo pone en evidencia. En ese hálito, o atmósfera, que rodea un poema —y no se trata aquí de la “música antes de cualquier otra cosa”— radica generalmente su claridad, siempre infusa. Tal como la simpatía que emana de un cuerpo —y para mí tengo que es cosa material— todo verso tiene su electricidad que juega y casa con la del que lo lee y entiende o no. No hay camino para apear estas dificultades del sentimiento, y toda crítica no histórica ha de basarse exclusivamente en ese halo y desear alcanzar emitir otro que, a su vez, lleve al lector en busca de lo comentado. La poesía es nudo secreto que ata las palabras, si no misteriosamente, por lo menos de tal manera que los demás difícilmente alcancen el porqué.

(1) Los subtítulos, todos ellos títulos de A. R., nada tienen que ver con sus libros.

Menos en los versos de circunstancia, incluída la épica, en la que ésta fijase de antemano las razones. Mas, si a ella y a ellas se atiende exclusivamente el poeta no alcanza el auténtico cauce de la emoción general.

El escritor da parte de sí a todos, mas ¿qué da? En primer lugar sus preocupaciones, luego sus alegrías y, según los tiempos, busca divertir divirtiéndose él mismo, es decir saliéndose de sí. Todos los grandes poetas de las épocas confusas o de decadencia, como la nuestra, en la que sentimos temblar la tierra bajo nuestras plantas y sin clavo divino al que agarrarnos, han visto lucir, en primer término, las agonías humanas. Desde este punto de vista somos todavía románticos, mas ciego sería el que negara que navegamos hacia un puerto contrario, así no se le avizore más que en lontananza. Algunos signos precursores —aún sin gran calidad— se atisban en la literatura soviética y en algunos poetas comunistas; otros hay en poetas sabios como Jorge Guillén o Alfonso Reyes.

2.—¿Qué representa la *obra poética* en la obra total de Alfonso Reyes?

¿Qué sería Alfonso Reyes con sólo su obra poética?, ¿qué sería Alfonso Reyes sin su obra poética?, o, mejor, ¿qué sería Alfonso Reyes con sólo su labor crítica?

Incontestables jeroglíficos. Todo es uno porque la obra poética de Alfonso Reyes también es, en parte, escolio y nota, y su crítica, creación solitaria.

La importancia de Alfonso Reyes decanta de la totalidad de su sed de comprensión, de su ser Alfonso Reyes. Su obra es nota a sí mismo, banderines en sus metas alcanzadas, estandartes golosos de viento suave sobre las piedras millares de sus conocimientos.

3.—La poesía de Alfonso Reyes es una gran y única canción al mundo que lo rodea. Un canto a la vida, y la tristeza de no poder asirla y detenerla, con lo que se enlaza con todos los grandes que han sido. Lloro su juventud, añora su patria y sólo en el juego —que

en rigor no es "obra poética"— se deja llevar por el presente sin más.

Sin embargo, este recordar no es nunca elegíaco, jamás se le ocurrirá decir que "cualquiera tiempo pasado fue mejor", por mucho que los hechos le llevaran a ello. No es, tampoco, estoicismo, sino fe en la belleza como expresión del hombre.

La experiencia literaria

No hablamos más claro por la sencilla razón de que no pensamos más claro. A mayor claridad de entendimiento, mayor claridad de expresión —por lo menos en poesía, donde las cumbres pertenecen a quienes han sabido decir las cosas como son, o como ellos han logrado hacernos creer que son. (Tal vez no sea así en filosofía, tal vez...)—. Buena prueba de ello es que los mayores aciertos pasan luego al idioma corriente como apotegmas. Pruébalo al mismo diablo Mallarmé, cuyos mejores poemas son los más asequibles.

Escribo conforme voy viviendo —es esto y algo más— que la vida y la escritura son, en Alfonso Reyes, consustanciales. Vive porque escribe y escribe porque vive. No se comprendería de otro modo, ni se le puede comprender de otra manera.

No que la vida sea papel —nada tiene de erudito a pesar de su erudición— sino que nació para trasladar fuera de sí —y en lo único que nos es dado— lo que el mundo ofrece. No puede separar lo hecho de lo dicho (dicha no es aquí más que un femenino muy particular) ni, viceversa, lo escrito de lo vivido. Su imaginación no correrá más allá de lo que le ofrecen —y por eso no es novelista ni dramaturgo.

Después las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles su orden objetivo . . . , etc.

Calendario

LA vida de Alfonso Reyes se divide claramente en tres épocas: de su nacimiento a la muerte de su padre (1889-1913). Los veinte

años que siguen, de voluntario e involuntario destierro (2), dándose en él el caso extraño de un partidario de la revolución alejado de su tablado por una falta ajena; y, luego, la vuelta a la patria aquietada. Tres épocas y un solo Dios verdadero: intentar coaligar lo real con una comprensión equidistante de cualquier desenfreno. El ideal de Alfonso Reyes es la serenidad, y tocóle vivir entre tormentos y tormentas. De ahí cierto desequilibrio para quienes lo juzgan desde muy cerca, y la ceguera que produce una obra crítica acerca de la crítica, hecha un poco a la fuerza, para alejarse de lo que le tiene más a pecho y no le ha dejado vivir: su pasión por México y sus problemas terrenos y subterráneos.

La educación —la buena educación— porfirista chocó con sus deseos de emancipación de cierta filosofía positivista, dizque comtiana, oficial del Estado que le vio crecer, su *élan vital* bergsonianiano tenía que repelar, en cierto modo, con la revolución de raigambre anarquista que señoreó durante un lustro por las tierras —entonces todas calientes— de su patria.

(Para mí tengo, y lo callo, que la Revolución Mexicana, no la de don Francisco I. Madero, que no fue, tal vez, más que motor de la que por tal se tiene, es la única que llevó al poder una pléyade de semidioses ácratas. Único movimiento anarquista en sus entrañas que ha triunfado en el mundo, así sus resultados demuestran que la teoría es impracticable y venga a dar, a la corta o a la larga, en el restablecimiento de ciertos daños que la engendraron).

Era difícil, para un hombre como Alfonso Reyes, fundirse con lo elemental de un movimiento agrario —aun estando de acuerdo con la razón fundamental que lo empujaba— que había de recurrir, sin lugar a escoger, a la depredación y a los fusilamientos sumarios, sin temores del mañana, del qué dirán o de los valores del espíritu.

De esas contradicciones, superestructuras a veces bizantinas, sur-

(2) ... mi obra de escritor ... de veras comenzó ... el día en que me despedí por primera vez de las costas mexicanas. (A vuelta de correo).

ge la obra variadísima de nuestro poeta, cifra de la cultura de su tiempo, lo mismo en realizaciones que en intentos o intenciones. Podrá discutirse, en este terreno movedizo, cuanto hizo en prosa sin que ésta entre en juicio: sobria, galana, precisa; mas parte de su obra en verso quedará seguramente sin mengua: dase en ella algo de lo mejor acabado (en una época de *ensayos*) en sus turbulentos días.

La antigua retórica

"CUANDO la poesía se desencariña de las realidades circundantes, puede decirse que vive gestándose a sí misma, y así va afinando sus instrumentos en una atmósfera de pura retórica" (A VUELTA DE CORREO). Dícelo un hombre que ocupó largas horas en inquirir el camino de las poéticas (3). Nada tiene, pues, de extraño que en su obra busque las maneras más inverosímiles de Burlarlas aun sabiendo que toda expresión tiene una retórica: tantas como poetas, que los que no tienen la suya no pasan de corifeos. *Sólo la buena forma es capaz de captar el buen contenido.* El estudio de las formas queda para los profesores, que nadie escribió todavía un buen soneto rellenando de paja su guante de catorce dedos, con todo y sus falanges y falangetas bien engrasadas, y si lo hicieron se pudre al poco tiempo. En poesía la taxidermia no sirve para maldita la cosa. *Tu est un empaillé*, dicen los franceses. Alfonso Reyes es exactamente lo contrario.

Asegura no pocas veces Alfonso Reyes que la diversidad en la sabiduría es seña de privilegio. Temo que se engañe llevado por tan alto ejemplo como puede serlo el Sumo Creador. No, la diversidad, por buena que sea —y lo es—, divierte más que otra cosa, es decir, quita la atención para producir un bienestar general que no tiene gran cosa que ver con la administración. El hombre orquesta no alcanza la notoriedad del solista, y grande —en la memoria a medias de la multitud— es Leonardo por los restos de su pintura,

(3) Con lo que se prueba, una vez más, lo incierto de que "con el estudio se creían melancólicos los ingenios" como quería Saavedra Fajardo.

Goethe por poeta. Queda, en el magín de cualquiera, Manrique por unas coplas. Sálvase quien puede, y siempre por lo mejor, lo demás cae en el olvido, y sólo los especialistas se regodean de ello, rastrojando.

La diversidad es buena para quien la goza o padece, resulta indiferente para los mediocres; no es calidad apreciable. No basta, hoy, saber de todo, sino saber más que todos, así sea en algo infinitesimal.

La diversidad sirve para bien vivir y sentir y sentirse vivir —y más con seres de la misma calaña— pero no va más allá del límite de la vida. La grandeza no tiene más que un orden.

Sí, dirá el poeta: soy "eso" y más. Pero por ser más, no se es completamente "eso", que —a veces— el pecar de más es mengua.

Pertenece Alfonso Reyes a esta especie por extinguir en las letras españolas —sin importar la tierra sustentadora— del erudito que, además, es otra cosa. La santa e inexorable especialización, de manos de la ciencia, impide ya, a quien se hunde en el túnel de una de sus ramas, volver en tiempo útil a la luz de la razón natural. A lo sumo, puede el erudito de nuestras generaciones destilar algún poema de eximia calidad (como en el caso de Dámaso Alonso) porque es hechura de poco tiempo y gusano viejo, pero sin más.

La vida de nuestros días exige —por lo menos en el mundo de habla española— hacer tantas cosas para ganar el pan que la gloria se queda al garete y muchas veces al azar de los vientos de la política. En estas condiciones inseguras puede enconcharse el erudito, sin atreverse a asomar la nariz fuera de su especialidad, con lo que pierde contacto hasta con la lengua nuestra de cada día, único modo de pasar desapercibido. Nuestra época, al ensanchar brutalmente el ámbito de lo conocido, ha reducido al hombre; mientras la adversidad mata la curiosidad, entre otras cosas porque ni tiempo hay de ver las cosas como son; conténtanse todos con la apariencia, y se pasa a otras. Esto para los que quieren estar "al día". Mas ahora

“el día” es distinto en cualquier paralelo, ya que en todas partes cuecen habas. En el siglo XIX, podía un hombre estar al tanto de las novedades de todas las cortes europeas y así juzgar de la literatura de su tiempo. Pero hoy..., a lo sumo léense los folletines —o folletines— y cáese en el lazo de la propaganda editorial o en el más grave del jovenzuelo que oyó campanas y da la campanada.

Ni tiempo tienen los estudiantes de asentar sus conocimientos en lo fundamental y ya ni Dios sabe latín, no digamos griego: hay demasiadas cosas en inglés, en francés, en alemán, en ruso, que reclaman la inmediata atención. En estas condiciones nadie lee originales; parecen bastar las historias de las historias, o las historias de las historias de las historias. Ya nadie va al grano. Lo peor, que no hay solución a la vista. Los conocimientos humanos han crecido más rápidamente que los métodos de su enseñanza, y no digamos que la inteligencia. Nadie es hoy más listo que ayer y ante el cúmulo feroz de cosas a saber, cada día mayores, todo se fragmenta. Sin duda es una de las razones del destazar del Universo en manos de forzosos ignorantes, que no hay como la especialización como abono de la intransigencia.

Hace doscientos años un físico podía haber leído cuanto se imprimió acerca de su ciencia. Hoy no, y no se culpe a nadie de esa muerte. Tal vez el mundo anda como anda porque lo crearon diversos Dioses, demasiado ocupados, o despreocupados, por saber lo de los demás.

Hay poetas de una, dos, tres o más caras. Poco tiene que ver su calidad, sí con su interés o capacidad por otras cosas que no sea el verso. Una cara tiene Bécquer (con todo y sus prosas); una Machado, una Rubén. Dos, Góngora, pongamos por ejemplo, y deseo no salir de lo escrito en español. Múltiples, Quevedo (el mejor ejemplo, a quien los *Sueños* o el *Buscón* hubiesen bastado para su gloria) o Lope (a quien *la Dorotea*...).

Tientan a estos últimos todas las facetas de la creación, aparecen

tallados como el mejor brillante recogiendo las luces de los cuatro puntos cardinales. Goethe será su mejor ejemplo. De éstos entran pocos en libra. Reyes, guardando distancias que, en este caso, lo son todo menos peyorativas, da en sus versos cauce a lo que él llama “su realidad” y que no lo es, sino lo contrario, fidelidad a su manera humana, el husmeo de todos los vientos.

A estas buenas gentes, que sienten la necesidad de estar al corriente —en la corriente— de cuanto sucede en su tiempo, en su mundo, basando su conocimiento en la historia, suelen llamarlos humanistas. A veces, no sé por qué, y por eso mismo, les niegan el calificativo de poetas. (Jovellanos, Valera, Menéndez y Pelayo). Su demás obra oscurece parte de la propia; débese a lo poco que suele abarcar el ingenio de los hombres y a cierta manía clasificadora de los autores de manuales, que no suelen leer las obras que califican.

Yo soy el primero en saber que mi veleidad en asuntos y estilos... ha contribuido a que se me vea un tanto borroso, dice Alfonso Reyes en el prólogo de su *Obra poética*.

Lo importante es saber el por qué de esa veleidad. Y, aún más: si existe verdaderamente, o si no es más, como estoy muy tentado a creer, que una defensa, un pudor personal, un no entregarse, un afán antimístico, un querer que nada se le escape (en sus dos sentidos: verlo todo y no dejar que se le vaya nada de las entrañas de la mente), una especie de avaricia que le llevará —por otra parte— a no escatimar la entrega de cuanto escriba. Dar y no darse.

No sería obra inútil, ni mucho menos, recoger escogiendo lo más hondo de la poesía de Alfonso Reyes y ordenarlo por temas. Veríase entonces que en su promiscuidad —y *denodadas de pies todas se barajan*, como dice don Francisco— hay en él dos notas predominantes: una elegíaca (principalmente acerca de la tragedia familiar de su vida que se retuerce en la de su patria) y otra descriptiva. Ambas, de estirpe clásica. No serían, tal vez, muchos poemas, pero los suficientes para confirmarle en su puesto primerísimo que sus enemigos —no los declarados— le regatean, ayudados

por el propio poeta empeñado en dar la misma categoría a los "gritos del alma" y a los juegos de bienandanza y benevolencia (4).

Todos son hijos de un mismo caletre y no hay razón, en la vida, para preferir prole; pero no se trata de uno, sino de como le traten. De los centenares de comedias de Lope ¿cuántos abonan su grandeza? ¿Ganó Mallarmé su audiencia por sus versos circunstanciales? Saca el juego su gracia de lo que es, mas si el jugador se empeña en dar otra categoría a su placer falsea el resultado. Podrá decir Alfonso Reyes que lo que ofrece como entretenimiento no pasa de ello, pero al entremezclarlo con tanta perseverancia con sus obras mayores logra un destinte que si bien da lustre a lo menor no deja de empañar lo grande. Sé que para el futuro no importa, muere lo superficial por consunción y sólo queda lo que es capaz de despertar renovado en pechos ajenos; mucha de esa levadura corre por las venas de los —por eso— mejores versos de Alfonso Reyes. Es lástima barajarlos con bazas de menos valor.

Las vísperas de España

Ya, desde el mero principio, en 1906, grita:

¡Amo la vida por la vida!

e insinuará su callado sentir:

*Y sólo trato conmigo
los secretos que me digo*

Por muchos altibajos que un hombre tenga que subir y rodar siempre se hallará —si lo es de veras— venas que no se agotan con el blanquear de las sienas o el multiplicarse.

En 1907 asegura, aun refiriéndolo a André Chenier, que

(4) Las poesías descriptivas podrían comprender fundamentalmente: *La pipa del cantábrico, Golfo de México, Hierbas del Tarahumara, Infancia, Los Pelicanos, Glosa de mi tierra, Viento en el mar, La tranquera, Sol de Monterrey, Villa de Unión*, a las que habría de añadir *Fantasia del viaje*, que enlazaría con lo elegíaco, poema jánico —y jónico— del descubrimiento del mar.

Las elegíacas: *Noche de consejo, La tonada de la Sierva enemiga, El descastado, El hombre triste, etc. . . .*

*como el claro latino menosprecia
la muchedumbre que le estorba el paso:
va tras una visión, y entre gemidos
clama altivando el rostro: "¡Grecia, Grecial!",*

posición que le achacarán —sin razón o con ella —para achicarlo. (¿Quién a quién?).

Lo parnasiano es, sin duda, lo menos auténtico de su voz; le rueda más fácil y ameno el romance; le sale sólo con ponerse a hacerlo. Y la burla, y la gracia (las burlerías diría yo refiriéndome a una parte importante de su labor poética).

Su espíritu se regodea —perezoso— en el balanceo del verso corto.

*chismorreos de mis penas
hablillas de mis amores
escarnios de mis cadenas,*

y ya, en 1911, el ojeo de la "Minuta":

*nota de mis desayunos,
de mis comidas polémicas,
escolios de mis bebidas,
corolarios de mis cenas . . .*

Esta *Sátira de la compañía* es clave (25 de febrero de 1911) de un modo que no abandonará, y, para complementarse, escribe el día siguiente su *Romance de Monterrey*, espejo de otra manera.

Desde el principio la sapiencia retórica le lleva —en parte de su obra— al juego (*Oda nocturna antigua*).

Ese burlarse de su mismo saber, que es poner en práctica juegos de prosodia perfecta buscando la gracia —a veces, el chiste—, se le impone, momentáneamente, con detrimento de alcances mayores.

La inteligencia, tal vez en brazos de la pereza, se divierte en el remedo. No diré que la circunstancia vence —todo es circunstancia, desde la *Divina Comedia* a las odas de Quintana— pero sí el santo del día. No deja pasar una. Se detiene en todo, le importa lo menor, tal vez porque le hiere. No es reparo, sino sentir que no se